



### TERCERA ÉPOCA.

---

Gruta de las Aguilas, 3 de Julio de 1793.

Quando ese sol de estío, foco flotante de vida, me obliga á bajar mis deslumbrados párpados, y ofuscándome todavía al través de este velo ardiente, traspasa mis pestañas con sus tibios reflejos de oro; quando sus rayos, hiriendo esas nieves eternas, reverberan en el suelo en haces de chispas, y hacen que esos picos y ese azul firmamento semejen al mar que blanquea sobre una espumante roca; quando en ese cielo pare-

cido á un lago sin orillas veo tan sólo el éter diáfano en el que nada flota, excepto la negra águila que, semejante á un punto oscuro, parece dormir clavada en el espacio inmóvil, ó, mecida allá arriba sobre sus oblicuas garras, desciende trazando círculos concéntricos, y sumergiéndose en los rayos del sol, despide vivos y plateados reflejos de sus bronceadas alas, y al verme tendido junto á su dominio lanza un grito de asombro en el cual vibra su cólera; cuando el árbol ó la roca difunde en torno su fresca sombra sobre el césped; cuando muellemente reclinado sobre este verde lecho cubierto únicamente por el pabellon de los cielos, desaparezco enteramente entre las espesas masas de altas yerbas, que se doblan bajo el peso de sus flores; cuando me rodea el perfume del heno seco, y cuando no oigo otro rumor sino el del aire cálido que susurra, ó el de mi aliento que se mezcla con el aire vírgen de los cielos, ó el de los latidos que dan mis sienas en mi silenciosa frente; entonces siento en mí tan viva voluptuosidad, olvido de tal modo las fugaces horas, que mi alma, escapándose á veces de mis sentidos, deja ya de notar el peso del cuerpo desprendido de ella, del propio modo que el cisne, al probar sus alas nacientes, no siente ya el leve peso del ala que le sustenta en los aires.

Gusto de meceme en este silencio, no sentir que vivo ni que pienso, creer que el espíritu, llamado en vano por el cuerpo, se ha desprendido para siempre

de su envoltura mortal, y voga en los rayos del sol como la mosca de la miel en los rayos estivales. En ese estado, en que el hombre se trasfigura en Dios, huye y renace el tiempo sin que nada mida sus horas; se tiene conciencia de la inmortalidad; pero cuando un soplo, el vuelo de un insecto, me hace por fin recobrar los olvidados sentidos, me reconcentro en mí mismo sintiendo un placer amargo; conozco que si bien Dios me escucha en ese cielo del que torno tan cansado, en cambio no me responde; busco en derredor, en ese ínfimo mundo, algo que sienta conmigo, que responda á mi afán; tengo el corazón demasiado henchido para que no rebose, y si la suerte quisiese concederme siquiera otro corazón, vacío y mudo todavía, en el que acabasen de brotar la vida y el amor, este ardor, que el mío es impotente para contener, bastaría para comprimirlo y abrasarlo; derramaría en él el excedente de mi alma; su llama serviría de alimento á la mía, y multiplicando en mí esta doble existencia, haría que yo fuese ¡oh Dios mío! ¡como una sombra tuya! ¡Siento en mí que sería posible infundir en ese otro yo lo que me oprime y duplicar lo que amo, abrasarme á mi vez en el espejo de mi corazón, crear el alma del alma y el amor del amor, y del propio modo que tu mirada se ve en tus obras, consumirme con mis ardores y amarme en mi imagen!

Entonces me parece esa bóveda azul un magnífico

sudario; en vano es que abra mis brazos al viento, porque mi corazón continúa solo; en vano busco algo con los ojos en esta vida árida; en vano lanzo un nombre al azar en este vacío: ¡ah! ¡el desierto, sólo el desierto me rodea y me responde! Voy del lago al pico y de la gruta al puente, vuelvo sobre mis pasos, me siento, me levanto; mi propio seno me pesa, y no hay nada que lo levante; paréceme que me falta una mitad de mi sér, objeto de casto amor ó de santa amistad. ¡Cuán á tientas ando! ¡No soy en este mundo más que una voz sin eco que la responda, un ojo que no se refleja en otro ojo, un cuerpo sin sombra; y á pesar de ese cielo y de este sitio encantador, vivir solo es languidecer, es esperar que llegue el momento de vivir! De esta suerte toda mi dicha se convierte en vago tedio; ¡oh soledad, únicamente un Dios es capaz de llenarte de sí propio!

.....

Gruta de las Aguilas, 6 de Julio de 1793.

Impulsado por ese instinto que me atrae hácia el hombre, he traspuesto esta mañana el umbral de mi imperio; he medido con la vista la caída del torrente, tocado con la mano el transparente arco-iris, y cruzado con atrevida planta, que adquiere costumbre con la audacia, la roca temblorosa bajo la bóveda de espuma.

Cuidando de ocultarme entre la yerba al percibir el ruido más leve, y andando descalzo por temor de que álguien me oyera al avanzar por los contornos de la sinuosa barranca, he bajado paso á paso por la pendiente de estos montes hasta el borde de un desfiladero donde he oído alguna vez mugir los bueyes del pastor y cantar una voz; allí, agachado entre la maleza y oculto tras los troncos de los castaños que circundan el descampado, he visto sin ser descubierto y pudiendo columbrarlo todo, lo que mi corazón se recreaba en concebir, una escena de paz, de amor y de inocencia, en la que se sueña de noche y en la que, despierto, se piensa; ¡imágen ¡ay! innata de un tiempo que ha huido de nosotros y que todo hombre lleva en sí como un recuerdo!

Una porcion de cabras, de ovejas y de robustas terneras, aquellas pendientes de las flores de los precipicios, y estas enterradas hasta las rodillas en la yerba, rumiaban pastando entre los acebos, mientras que unos cuantos toros, triscando en el prado, bajando sus cabezas y sus amenazadoras astas y empinados sobre sus jarretes, chocaban como dos duras masas sus frentes sonoras y pesadas, que resonaban á sus golpes.

En el ángulo de un matorral y al pié de un tronco de ojaranzo, estaban sentados en la misma raíz un jóven montañés y una doncella: hallábanse solos, sin más compañía que el cielo y los bosques; apac-

taban sin cuidados aquellos ganados cuya esquila resonaba de roca en roca como lejana llamada, y dejando que su perro velase por ellos, cantaban de vez en cuando para que algun cabrito descarriado se guiase por su voz. El pastor con los codos apoyados en las rodillas, tenia inclinada su frente poblada de negros cabellos sobre los restos de una hoguera, y con la vista fija en el suelo, parecia trazar al azar algunas letras en la ceniza; su ensimismamiento tenia algo de tierno, y cuando levantaba la frente, y abria á la viva luz del dia sus ojos límpidos y serenos, veíase sonreír la idea que le preocupaba en el gracioso pliegue de sus fruncidos labios; y cuando aquella mirada se impregnaba del amor que sentia, escapábase de su pecho un suspiro contenido; suspiro que era tan solo un desahogo sin tristeza, un peso de que aliviaba su corazon comprimido por la dicha.

La jóven estaba dotada de esa belleza en flor que ningun rayo de estío ha madurado todavía, de ese trasparente y tenue vello en las mejillas que la menor impresion suscitada por una mirada tiñe de ruboroso carmin; en sus ojos azules y húmedos se veía retratada la tranquila voluptuosidad de un mútuo amor; sus párpados, adornados de larguísimas pestañas, jamás habian tenido que bajarse para disimular ni la sombra de una accion vergonzosa ni un pensamiento indigno; antes al contrario, su mirada se posaba confiada, firme, como se posa una mano en la mano de

un amigo. Una negra redecilla oprimia sus cabellos entre sus mallas; y escapándose de ellas dos trenzas que le bajaban por la espalda y en las cuales habia entrelazadas algunas blancas florecillas de los prados, bian á descansar en blondos bucles sobre la yerba que detrás de ella habia; un estrecho corpiño encarnado comprimia su talle; una saya de pesados pliegues y de color oscuro que le llegaba á media pierna, dejaba ver sus piés blancos y desnudos, apoyados en el musgo donde reflejaba el sol, como en las ruinas de que la tierra está cubierta brillan dos piés de mármol sobre la verde yerba; sus dedos tejian mimbres, mientras que fijaba una mirada abstraída en la pradera.

De esta suerte trascurrían una tras otra las horas sin variacion alguna; la sombra iba dando la vuelta en derredor de los nudosos troncos de los arces; el buey, harto ya, se tendía sobre la yerba, el cordero se acercaba á las adormecidas ovejas, sin que los dos amantes, ébrios de soledad, cambiasen de postura, de mirada, de dicha. En el sosiego de su lenta conversacion adivinábase que no estaban sus corazones tan vacíos como el mio; apénas brotaban de sus labios, de vez en cuando, algunas palabras que interrumpian el silencio, del propio modo que el agua que se escapa de un estanque transparente huye gota á gota y corre murmurando.

Cuando el sol, que se remonta acortando la som-

bra, hubo llegado á la mitad de su carrera, el jóven se tendió para dormir sobre la blanda yerba, y como si descansara su frente en una almohada, dejó caer su codo y su cabeza dormida sobre las dobladas rodillas de su compañera. Esta no dormía mientras él descansaba, sino que se entretenía en enjugarle la frente bañada de sudor, ó introduciendo sus ebúrneos dedos entre sus cabellos, enrollaba y desenrollaba sus negros y espesos bucles.

Llegó la hora de comer y comieron; su mano ordeñó la misma leche, partió el mismo pan: sus rodillas unidas les sirvieron de mesa; hicieron uso de la misma hortera para comer las fresas; se repartieron las uvas y el panal de miel, y en la misma copa bebieron el agua del cielo.

Pero el rayo del sol vespertino, que aspira las tormentas, iba atrayendo las nubes sobre el valle, difundiendo por él cierta oscuridad; el follaje, que al medio día no agitaba el menor soplo de viento, empezó á estremecerse en los bosques murmurantes, y la bruma descendió sobre la yerba, convertida en finísima lluvia; entónces ambos jóvenes buscaron abrigo al pié del negruzco tronco del haya, donde se iba reuniendo también el rebaño, y como, al ruido del viento que sacudía su copa, las hojas iban destilando la lluvia gota á gota sobre ellos, pasaron á guarecerse bajo los tenebrosos flancos de un peñascoso arco, en los cuales se cobijaron también lasavecillas mojadas,

y dejaron que la nube se agotara, mientras los ocultaba á mi vista un manto de sombra.

Al escuchar desde léjos su ingenua y sencilla conversacion, comparé envidioso su suerte con la mia, y de vez en cuando el viento hacia llegar hasta mí alguna alegre carcajada, en la que se mezclaban las voces de la doncella y del mancebo.

Me alejé de aquel sitio, llevando impreso en mi retina, cual ensueño celeste, aquel cuadro de tranquila felicidad, más y más devorado por el ardor de mi desasosiego, más solo en mi pensamiento y en mi soledad, firmemente resuelto á no volver á acercarme á aquellas aguas que daban pábulo á mi sed sin poder apagarla.

\*\*\*\*\*

Gruta de las Aguilas, 24 de Agosto de 1793.

Está descansando: escribamos. ¡Qué día! ¡Qué semana! ¡Cuán llena está para mí de luto y de ventural! ¡A qué costa he adquirido ese niño, compañero de mi adversidad!

Declinaba el día; habia yo pasado una y otra hora vagando de sitio en sitio en torno de mi morada, y acababa de sentarme sobre la inclinada roca que la cascada ha socavado al caer desde las alturas; mis piernas y mi frente estaban pendientes sobre el abismo, y seguia con la vista aquel movimiento su-

blime que, embriagándome con su estrépito atronador, me quitaba hasta la conciencia de mis propias cavilaciones; desde allí dominaba yo la profunda abertura en que la nieve del verano rueda con las ondas convertida en polvo, así como el puente natural que se muestra erguido sobre sus dos ribazos, é intercepta el terrible acceso á mi lago. Mi alma, indolentemente mecida, se dejaba llevar de las oleadas y de sus pensamientos, y perdiéndose en el seno de las obras de Dios, estaba muy léjos de apreciar cuanto tenia en derredor; cuando de pronto resuena un tiro repercutido por el eco, y cuyo estampido se sobrepone al sordo estruendo de la cascada. Vuelvo en mí sobresaltado, me levanto, y veo dos soldados persiguiendo de cerca á dos proscritos: los fugitivos, que llevaban escasa delantera, apenas podian abrigar esperanza de escapar; los perseguidores volvian á cargar sus armas sin dejar de correr; los dos proscritos llegaban ya á las márgenes del torrente, y como era forzoso que perecieran ó que encontraran un paso, se detuvieron transidos de horror sobre el ribazo: tenían el abismo á sus piés y la muerte á sus espaldas. Al verlos abrazarse, no reflexiono que el menor ruido puede descubrir el misterio de mi morada, y lanzo un grito repentino, penetrante, involuntario: me oyen, corro á ellos, les señalo con la mano el aventurado paso que hay sobre la humeante sima: el proscrito de más edad se lanza al punto por él dando

la mano al otro, que estaba aún en la infancia; acudo á mi vez para sostener sus vacilantes pasos; ya llegan á la cúspide del puente, y el más anciano me tiende desde lo alto del arco al niño pálido y tembloroso, al que me veo obligado á sostener.

«Salvad, salvad, me dice, oh jóven generoso, á ese niño á quien voy á defender ó á vengar: á lo menos arrastraré á sus verdugos en mi caída: huid, y que mi muerte os depare un minuto de ventaja.»

Ya los dos soldados, llevados de su ardor, sin detenerse á sondear la inmensa profundidad del barranco, y suspendidos sobre aquellas peñas más bruñidas y tersas que el cristal, avanzan tras las huellas de los fugitivos apuntádoles sus fusiles. Cuando el proscrito los ve en el paso más crítico y horrible, amartilla el suyo dispuesto á quitar dos vidas; brotan del pedernal cuatro relámpagos á la vez, y los cuatro disparos no producen más que una, pero formidable, detonacion; los dos soldados, heridos por aquella doble muerte, caen como una sola masa, ruedan, resbalan, y en vano es que sus manos crispadas y sus dientes convulsivos se aferren, muerdan los bordes del puente sin pretil; la cascada los precipita al abismo ondulante; sus piernas y sus brazos se sumergen agitando con desesperacion: todo su cuerpo no es ya otra cosa sino un punto oscuro en el polvo blanco de la roca triturada por la avalancha.

El proscrito, que los ve caer miéntras él se man-

tiene de pié, siente por fin que su sangre mana de dos heridas que tiene en el pecho, y que se escapa á borbotones de su camisa abierta; intenta dar un paso, mas sus piés no le sostienen; va á despeñarse, pero mi brazo ha logrado sostenerlo, y le arrastro espirante hasta la yerba de la orilla. El júbilo y la agonía luchan en su rostro; besa con placer su fusil triunfante, y su voz devuelve la palabra y el alma á su hijo. Atajamos su sangre, le lavamos la herida, y en seguida, formando presurosos unas parihuelas de ramaje, le conducimos á mi gruta, donde por fin le depositamos moribundo.

.....

25 de Agosto de 1793.

Tendido en su lecho de musgo ensangrentado, descansaba la cabeza sobre el brazo de su hijo; sólo tenía fuerzas para mirarle, y á veces parecía dormirse y soñar, y su mano desprendida de la mía, parecía buscar á tientas sobre su lecho un hilo que la retuviera. El pobre niño se esforzaba inútilmente por ocultarme los sollozos que á pesar suyo se escapaban de su pecho, y cuantas veces levantaba su pálida é intranquila frente, veía yo brotar de sus ojos gruesas lágrimas que caían cual lluvia sobre la frente de su padre apoyada contra su corazón, y que enjugaba con un tímido beso; luego interrogaba mis ojos, como si

quisiera leer en ellos la terrible verdad que no me atrevía á confesarle, y cuando, á pesar mio, se la revelaba mi turbación, estrechaba á su padre con más fuerza entre sus convulsos brazos, me lanzaba en la oscuridad una mirada de enojo, y cubriendo con su cuerpo el del herido, parecía lanzar un reto al cielo y á la muerte, desafiándoles á que lo arrancaran de sus brazos. Cayendo entonces sus blondos cabellos sobre su rostro, mezclados con las canas de su padre, ocultábanme sus facciones, y yo tan sólo percibía besos, sollozos, un confuso murmullo, dos alientos confundidos en uno solo, ora fuerte, ora apenas perceptible, en el cual parecían reanimarse y extinguirse á la vez los postreros impulsos de dos corazones y de dos voces.

En tanto, mi antorcha difundía en aquellas téticas tinieblas su luz rojiza y sus fúnebres vapores; yo, de pié en un rincón de la gruta, me mantenía aparte, temeroso de profanar aquel dolor inefable con una mirada, y ora reanimaba la moribunda antorcha, ó bien refrescaba al herido con agua de la corriente para despertar en él alguna señal de vida, ó calentaba con mi aliento los piés del moribundo, ó ya en fin, arrodillado en el lugar más oscuro, con el crucifijo en las manos y trayendo á la memoria los cánticos sagrados, murmuraba los himnos con que la fé acompaña á la muerte, para que á lo ménos una plegaria de esta tierra precediese en el cielo á aquella alma solitaria!

Así trascurrió la mitad de la noche; al despuntar la aurora, pareció recobrar vida el moribundo; contempló á su hijo; dirigió á la bóveda una mirada en la que parecia oscilar alguna duda, y luego, contemplándome con esa fijeza propia de la agonía, y haciendo un esfuerzo supremo para recoger sus sentidos, murmuró:

«Me muero: el cielo os confia ese hijo, mi único pesar, mi segunda vida; velad por su destino, que entrego en manos de Dios; sed para él un padre, un hermano. ¡Adios!»

Aun acudia la palabra á sus labios; pero sus apagados sonidos no podían ¡ay! brotar de ellos: su imaginacion se extraviaba por momentos y murmuraba frases incoherentes; hablaba á los ausentes, á los difuntos, á su familia y, mirando á su hijo, llamaba á su hija. Finalmente, cuando se extinguió el brillo de su mirada, llevóse un dedo á la boca con cierto misterio, y llamando aún á su Laurencio con la escasa voz que le restaba, exhaló el postrer suspiro haciendo un ademan en que le recomendaba el silencio!....

.....

26 de Agosto de 1793.

He pasado todo el dia como en una tumba; el muerto envuelto en su ensangrentada capa; el pobre

niño, echado junto á él en el suelo, con la frente sepultada en el sudario de su padre, tan pronto parecia dormir en la misma almohada, como escuchar con atencion el sueño del difunto; á veces levantaba la capa que cubria su rostro, tomando algun leve soplo de aire por el aliento de su padre; entónces aplicaba el oido á su boca, y permanecia largo tiempo conteniendo sus anhelantes sollozos, hasta que desengañado al fin, clavaba en la frente del difunto una mirada impregnada de indecible tristeza y larga como aquellas horas, una de esas intensas miradas que parecen concentrar el alma entera en un solo sentimiento, y que sería capaz de devolver la vida á la muerte misma, si el amor solo pudiera reanimar lo que ama!

.....

27 de Agosto de 1793.

Mientras un pesado sueño, más fuerte que nuestros pesares, se apoderaba del niño en medio de su llanto, desprendí sus brazos del cuerpo de su padre, y esta noche dí sepultura al cadáver.

A la orilla del lago hay una ribera á cuyo nivel no puede llegar el agua ni aún en invierno, pero las olas, azotando dia y noche las guijas, las convierten en finísima arena que se va amontonando en forma de médanos. Allí, la pared de rocas cubre con su concavi-



dad un altozano más verde, cobijándolo con su sombra; la roca parece por su forma en aquel punto el coro oscuro y bajo de una antigua capilla cuando la naturaleza ha revestido sus escombros de plantas trepadoras y floridos arbustos.

Allí, mis manos abrieron durante la noche la huesa del pobre extranjero, que regué con mis lágrimas; y en las palabras que consagré á este adios postrero encomendé su descanso y su despertamiento á Dios; luego, para santificar aquel sitio con alguna señal, haciéndolo para siempre digno de su sagrado depósito, derribé desde lo alto cinco grandes pedruscos, gigantescos fragmentos de aquellas rocas hendidas; y agrupándolos en cruz sobre la capa de arena, fijé en el suelo aquel signo imperecedero. El girasol y otras verdes plantas no tardarán en cubrirlos de ramas y flores, y el cisne, santo y encantador presagio, acudirá á cambiar de plumaje en ellos cuando salga del lago.

\*\*\*\*\*

Gruta de las Aguilas, 28 de Agosto de 1793.

Hoy nos hemos abierto mutuamente nuestros corazones; mi jóven compañero me ha confiado esta noche su historia y su nombre; es hijo de un proscrito y se llama Laurencio; su madre falleció, jóven aún, al darle á luz; no tiene hermana ni hermano; ha

cumplido diez y seis años, y durante su infancia jamás ha conocido otros cuidados, otro amor, ni otro rostro, sino los cuidados, el amor y el rostro de su padre. Feliz con él solo, y á su lado siempre, habia pasado sus días hasta estos tiempos de matanza en una casa solariega de una árida campiña, situada en las procelosas playas del mar de Bretaña.

Cuando la guerra civil estalló en aquella comarca, su padre combatió por su Dios y por sus leyes; vencido, obligado á huir de sus posesiones, ocultando bajo un falso nombre su nombre y sus miserias, habia cruzado la Francia con su hijo; sus ojos veian ya de cerca los campos de Italia desde lo alto de esas cumbres, llenando su alma de grata esperanza, cuando, descubierto en las orillas del Isère, salieron en su persecucion los soldados, instigados por viles delatores; iban ya á escapar merced á la oscuridad de la noche, ¡noche funesta!.... al llegar aquí sus lágrimas le ahogaban; pero yo sabia ya lo demás.

\*\*\*\*\*

En la Gruta, 16 de Setiembre de 1793.

Ya me lo habia dicho el corazon: toda alma es hermana de un alma: Dios las creó por parejas y las hizo hombre y mujer; el mundo puede separarlas algun tiempo, pero en vano: su sino hace que tarde ó temprano se reunan, y cuando esas hermanas del

cielo se encuentran en la tierra, un instinto invencible las obliga á darse mutuamente á conocer; cada alma atrae con su fuerza á su mitad, y este encuentro es amor ó amistad, union que es siempre la misma por más que lleve diferente nombre segun el sér y el sexo en que Dios la consume; pero que no es más que un relámpago que revela á cada cual el sér que lo completa, y que de dos hace solamente uno.

Cuando este relámpago llega á brillar, el rayo no es tan rápido como él; los ojos no buscan ya nada; en el alma no hay ya vacío; el corazon, advertido de pronto por el infalible instinto, no recela ya tener que arrepentirse ni haber incurrido en error, nótese lleno de un encanto que nó ha sentido nacer; ántes de hablarse esos dos séres, creen haberse conocido ya; dan al olvido todo el tiempo pasado, y únicamente se lamentan y gimen por haberse visto tan tarde, están de acuerdo en todo antes de responderse; y el alma aspira más y más á confundirse. Es el rayo del cielo, reverberado por el agua, que remonta al mismo rayo para duplicar su esplendor; es el sonido que vuelve, despues de repetirlo el eco, cual segunda y misma voz, que lo emite; es la sombra que el sol ve acompañándonos, hermana del cuerpo, que no es posible desprender de nuestros pasos.

\*\*\*\*\*

17 de Setiembre de 1793.

¡Oh Dios mio! A vos os debo este complemento de vida; por fin queda satisfecha mi sed de amar. Desde el dia en que ese niño llegó á mi gruta he conocido todo cuanto soñaba en otro tiempo. Yo, cuya alma aislada jamás se habia confundido hasta aquí con otras, yo, que encontraba siempre en cuanto se acercaba á mí cierta cosa de ménos que no buscaba mi corazon, he conocido por primera vez en el rostro, en la mirada, en la voz, en el ademan, en la emanacion de ese rayo divino, en las primeras dulzuras del primer coloquio, en el corazon de ese niño, he conocido, repito, mi propio corazon. Mi alma, corroida por su vaga soledad, se ha derramado en la suya en toda su plenitud, y mi corazon alucinado, que no cuenta ya los dias, cree haberle amado siempre, cuando sólo le ama desde ayer.

\*\*\*\*\*

En la Gruta, 20 de Setiembre de 1793.

Ya no siento el oneroso peso del tiempo; el vuelo de las horas orea mi rostro al deslizarse con suave y acompasado aleteo. Todas las noches quisiera que el dia apenas acabara de comenzar; mejor dicho, ya despunte ó termine el dia, ya esté radiante ó sombrío el cielo del valle, ya cante ó enmudezca la alondra al despertarme, mi corazon ha cesado de depender